

LA SALVACIÓN DEL MUNDO

Phoenix L

Cerraste los ojos al tiempo que suspirabas apaciblemente, disfrutando de los cálidos rayos del atardecer acariciando suavemente tu rostro. Al nuevamente abrir los ojos observaste con una sonrisa las calles limpias, los rostros también felices de las otras personas que tomaban su paseo antes de ir a cenar, y los compañeros que escoltaban a cada uno de ellos.

Aspiraste ese agrisado aroma que siempre impregnaba el aire de la ciudad, y llenaba tus pulmones de un fresco aire y deleitaba tu nariz, antes de indicarle a tu propio acompañante que estabas listo para volver a casa. Él te tomó del brazo, y como siempre dejaste que fuera él quien guiara tu camino.

Hacía muchos años desde que los gobiernos del mundo habían tenido que reunirse, pues el estado decadente de la naturaleza y el caos de la población humana los habían obligado a todos a dejar de lado sus diferencias y buscar una solución para evitar el fin de la raza humana. Y fue entonces que los científicos más destacados lograron hallar una solución. Crearon a los acompañantes, inteligencias artificiales cuyas misiones serían solamente enfocadas a dos objetivos: garantizar que la raza humana perdurara, y parar la inminente muerte de la naturaleza, el cambio climático y todo lo que ello conllevaba.

Dejas de pensar en eso cuando, de pronto, algo hace que tu acompañante detenga su andar. Aún con una sonrisa en el rostro diriges lentamente tu mirada hacia él, para preguntarle qué sucede, pero no te da tiempo de nada cuando, sin que te des cuenta siquiera de cómo pasó, algo te empuja al suelo. Sientes manos que te obligan a permanecer en el suelo, presionándote contra el asfalto; una intensa “caricia” taladra tu nuca y tu visión se vuelve borrosa. Inútilmente tratas de buscar a tu acompañante, de saber qué está ocurriendo, y lo último que

puedes hacer es escuchar un extraño chisporroteo y varias pisadas dirigiéndose hacia donde estás, antes de que pierdas la conciencia por completo.

Cuando despiertas ya debe de ser el día siguiente, porque los amarillentos rayos del sol solamente pueden pertenecer a las primeras horas de la mañana. Al abrir las palmas en el suelo para ayudarte a levantarte tienes una sensación extraña; diriges tu vista hacia ahí, y te sorprendes al encontrar unos extraños brotes verdes saliendo del suelo; son suaves y se sienten húmedos, y por largo rato permaneces viéndolos, ya que nunca habías visto nada igual. Tratas de llamar a tu acompañante, preguntarle qué es eso, cuando recuerdas lo que pasó antes de que perdieras el conocimiento; buscas con la mirada a tu acompañante, pero no hay ni rastro de él en el lugar donde te encuentras. Entonces tienes una sensación extraña en el pecho que nunca antes habías sentido.

Algo hace un ruido detrás de ti, y aún con esa sensación en el pecho te das media vuelta para tratar de saber qué está pasando. Hay algunas personas que se acercan lentamente hacia ti, te quedas ahí, quieto, sin saber qué hacer. Ellos te dicen que no tengas miedo, que no te harán daño, pero ¿qué es el “miedo”, y qué es el “daño”? Volteas rápidamente en todas direcciones, sintiendo la necesidad de que tu acompañante te explique qué está pasando, pero nuevamente esa sensación en tu nuca y un mareo te obligan a quedarte quieto. Te llevas la mano hacia la nuca, donde tienes esa sensación que nunca antes habías tenido, y te sorprendes al encontrar que tu cuello está rodeado por varios trozos de tela, que se sienten húmedos; al llevar tus dedos al frente, para poder verlos, los encuentras manchados de un líquido rojizo.

Diriges tu vista nuevamente hacia las personas que están delante de ti, y los analizas con más detenimiento; son muy diferentes de cualquier otra persona que hubieras visto antes, tienen el cabello largo y enmarañado, pero que si acabaran de despertar de una larga siesta, hay una extraña capa pegajosa y oscura cubriendo sus pieles, y el olor que emana de ellos de hace arrugar la nariz. Abres desmesuradamente los ojos por la sorpresa, cuando esto último te

hace darte cuenta de una cosa más: el aire no tiene ningún olor en ese extraño lugar. Volteas a ver a esas personas, esperando que, a falta de tu acompañante, al menos ellos puedan decirte dónde ir con algún guardián de la paz, para que te ayude a saber qué está pasando.

Lentamente, con el pasar de los días, esas personas te explican todo lo que nunca antes habías sabido de tu mundo, y que nunca antes te habías imaginado o siquiera interesado en saber.

Después de que se crearan a los acompañantes, y que se les pusiera en funcionamiento, empezaron con sus labores de inmediato. Sin embargo, estos habían determinado que la inminente destrucción de la tierra estaba relacionada con un sólo factor: la presencia del hombre en la tierra. Así pues, asesinaron a la mayor parte de la población, y a unos pocos los encerraron en complejos de concreto y piedra, donde el hombre solía desenvolverse con mayor comodidad; les suministraron drogas y les ocultaron sentimientos como la desesperación, tristeza, dolor (todas sensaciones que nunca antes habías tenido, sino hasta que te reuniste con esos otros humanos).

De ésta forma los acompañantes cumplieron con sus dos objetivos: sin las actividades productoras del hombre, y con las actividades de limpieza de los acompañantes, la tierra pudo recuperarse lentamente hasta volver a su antigua gloria, y con los pocos humanos restantes siendo cuidados por los acompañantes y multiplicados por programas de reproducción cada cierto tiempo, la raza humana lograría permanecer por siempre.

Desde lo alto de una colina, donde los “libres”, como se hacía llamar ese grupo de humanos que te “rescató”, tenía instalado su campamento, observaste el complejo donde los acompañantes criaban a los humanos, con collares que por medio de agujas intravenosas suministraban a través de la nuca las sustancias que los mantenían permanentemente felices, e ignorantes a lo que ocurría solamente disfrutaban de los paseos que sus acompañantes les hacían dar, y en lo alto de las murallas que separaban el complejo del resto del mundo, drogas

en forma de humo cubrían cada centímetro de las viviendas humanas, garantizando su completa felicidad e ignorancia del dolor.

Suspiraste mientras observabas a los humanos con los que ahora estabas obligado a vivir. No entendías por qué ellos parecían tan complacidos de la vida que llevaban; con ellos conociste por primera vez el dolor, la tristeza, la desesperación, el hambre, la sed, el frío... ¿Por qué te habían condenado a saber la verdad y sufrir por ello, en vez de continuar viviendo felizmente en la ignorancia de un mundo perfectamente organizado por los acompañantes que lograron convertirse en la salvación del mundo?